

HERBERT GINTIS, SAMUEL BOWLES, ROBERT BOYD Y ERNST FEHR (EDS.), *Moral Sentiments and Material Interests: The Foundations of Cooperation in Economic Life*, MIT Press, Cambridge, 2005. 404 páginas.

Los motivos que llevan a la emergencia de la cooperación y en general a la acción colectiva que se analizan y documentan en diferentes artículos de este libro muestran una nueva perspectiva de la gestión de las comunidades y nos permite comprender por qué las dos instituciones preponderantes de la modernidad, Estado y Mercado, son sólo una parte incompleta de los problemas sociales contemporáneos.

En la filosofía política, usualmente, encontramos dos corrientes predominantes para tipificar el comportamiento humano: una, con representantes como Thomas Hobbes o John Locke, considera que los humanos actuamos sólo guiados por nuestra autosatisfacción; la otra, donde destacan Jean Jacques Rousseau o Karl Marx, asume que bajo el orden social correcto, donde las condiciones económicas para vivir dejen de ser una preocupación, los humanos seremos altruistas. Contra los supuestos de estos filósofos políticos, los autores de la obra que nos ocupa consideran que para mantener la cooperación y las instituciones que en ésta se sustentan, los humanos actúan como *fuertes agentes recíprocos*, lo cual implica, de acuerdo con las circunstancias, ser *cooperantes condicionales* y *altruistas castigadores*. En el primer caso, los humanos y sus colectivos actuarán de forma altruista en la medida en que lo hagan los demás, y aplicarán sanciones a aquellos que no asuman los acuerdos del colectivo o que se comporten como *gorrones*, aunque con ello el *castigador* deba asumir pérdidas; no obstante, a largo plazo, este comportamiento favore-

cerá el mantenimiento de la cooperación. La propuesta que se presenta en el libro muestra un comportamiento humano más complejo y menos idealizado que permite explicar cómo lograr y mantener la cooperación en el tiempo. En este sentido, es posible que se constituya como un patrón de referencia para la filosofía política en el siglo veintiuno.

Se cuestiona la visión simplista que se le atribuye a Adam Smith y específicamente a la corriente neoclásica basada en el *homo economicus*. Según esta visión el individuo, al actuar guiado por un interés estrictamente egoísta, favorecerá el bienestar común como consecuencia de la automática y eficiente asignación de recursos que logra el mercado bajo el supuesto de información perfecta (*la mano invisible*). Se trae a colación el texto clásico de Smith, conocido como *La Teoría de los Sentimientos Morales* (1759), en el que promueve una estructura mucho más compleja del comportamiento humano en la medida que involucra otras consideraciones en su actuar y cuestiona el carácter estrictamente egoísta del ser humano. Incluso se plantea hasta dónde es conveniente el egoísmo o cuán importante es el bienestar o fortuna de los otros para la propia felicidad, mostrando así que la acción humana es resultado de una confluencia de elementos, en la que la razón se complementa con las emociones y los sentimientos, por ejemplo con manifestaciones como la solidaridad o la simpatía hacia quienes consideramos iguales o cercanos. El libro se identifica con esta postura de

Smith no sin cuestionar el extremo contrario de los defensores de la visión egoísta, esto es, aquellas corrientes intelectuales que asumen la buena voluntad y el altruismo desinteresado de los individuos para subordinarse a las necesidades del grupo, como si este comportamiento fuera algo inherente a la naturaleza humana.

Moral Sentiments and Material Interest aborda los problemas de la cooperación y la acción colectiva desde la economía política y tomando como eje central la teoría de juegos pero enfatizando en la transdiscipliniedad en el sentido amplio de la palabra. Lo cual significa que el libro no sólo reúne artículos de investigadores de distintas formaciones, sino que en él se reconoce la necesidad de explicaciones que desbordan las fronteras disciplinares. En este sentido, en los artículos podremos encontrar argumentos no sólo pertenecientes a la economía, las ciencias políticas o la antropología, sino que también son recurrentes las referencias a la biología, la psicología social, la filosofía o las matemáticas, entre otras.

A pesar de la importancia que se le da a la aproximación experimental, los autores son conscientes que ésta no desplaza a otros enfoques como la estadística, la historia o la etnografía; lo que se pretende, por el contrario, es complementarlos. Algo evidente en los diferentes casos de estudio expuestos. Además de mostrar los resultados de los experimentos, se contextualizan en las circunstancias sociales y etnográficas de las poblaciones analizadas y, de esta manera, se fortalece la argumentación de los diferentes autores.

Entre las cuestiones que aborda el libro cabe destacar lo que los autores denominan “gobernanza comunitaria” (p. 381),

término que acuñan para reemplazar el desafortunado pero importante concepto de “capital social”, recalcando la importancia de la comunidad en la solución de ciertos problemas políticos donde los individuos, el mercado o el Estado poco pueden hacer, o donde incluso su intervención puede llegar a ser un remedio peor que la enfermedad. También tratan asuntos como la explotación de bienes comunes, el desarrollo de normas e instituciones, la confianza y las redes sociales y diferentes problemas de acción colectiva en los que se exploran la emergencia y evolución de la cooperación.

En los artículos que componen el libro encontramos reflexiones que nos hacen pensar acerca del éxito y correcto proceder de ciertas políticas que se vienen implantando, tanto en la Unión Europea como en otras partes del mundo. Así, por ejemplo, Elinor Ostrom (capítulo 9), argumenta que la gerencia de recursos comunes (agua, bancos de peces, recursos forestales, etc.) frecuentemente falla cuando se basa en un modelo estándar de subsidios y multas dado por el Estado o cualquier otra institución privada o pública; mientras que, como se constata en diferentes casos, un programa en el que la comunidad local gestiona y cuenta con una regulación gubernamental, contribuye efectivamente a la conservación del bien y a una distribución equitativa del mismo. En la primera situación, a partir de una evidencia extensa, las medidas mencionadas terminan generando una sobreexplotación del bien, cuya consecuencia es que el sistema de regulación voluntario por parte de la comunidad se rompe ante la implementación inefectiva de las sanciones gubernamentales formales. Incentivos como los

monetarios lo único que logran es destruir la naturaleza cooperativa de la preservación de un bien común, y la amenaza de multar la defección comienza a ser percibida como un tipo desagradable de acción hostil (especialmente en casos donde los agentes encargados de imponer las multas tienen una relación antagónica con los miembros del grupo a los que se les impone). Lo que acaban promoviendo este tipo de medidas es la eliminación de las precondiciones que favorecen una fuerte reciprocidad al interior de las comunidades. El desarrollo de políticas alternativas se sustenta en ese modelo de fuerte reciprocidad, ejemplificado con diferentes casos a lo largo del libro, cuyo éxito depende de una fracción de población de *cooperadores condicionales*.

Tiene un gran peso el argumento de cómo la presencia de *cooperadores condicionales* permitirá la permanencia de la cooperación en el tiempo, específicamente con los *altruistas castigadores* que penalizarán a los que no asuman los compromisos o reglas subyacentes que permitan mantener la cooperación. Este comportamiento presenta una gran solidez y es evidente cuando nos encontramos en grupos “pequeños” o comunitarios donde es relativamente fácil localizar a los *gorrones* y que los *altruistas castigadores* penalicen a los que se alejan de la cooperación; pero al pretender extrapolar este comportamiento a grupos sociales mas grandes, el caso de amplias concentraciones urbanas, ¿cómo garantizar un comportamiento cooperador por parte del individuo en la urbe, por ejem-

plo, para evitar que se arroje basura a la calle? Aquí no es tan evidente la posibilidad de focalizar el castigo para evitar que pululen los *gorrones*. Si efectivamente deseamos asumir estos planeamiento teóricos en el diseño de políticas públicas es esencial explorar esta situación, abordada de forma superficial en el texto. Se da por hecho que con la presencia de *cooperantes condicionales* la cooperación ya está garantizada, sin embargo, la escala en la que nos ubiquemos, sea una comunidad o una sociedad, es una variable que puede modificar los resultados. En el texto se sugiere que no sólo se castigará a los *gorrones*, sino también a los miembros de la sociedad que no castiguen. Pero ¿qué pasa con aquéllos que tampoco castigan a los que no quieren castigar a los *gorrones*?, o, en otras palabras, ¿qué pasa cuando toda una sociedad es permisiva con ciertos comportamientos que de una u otra manera afectan al conjunto social, o incluso que son criminales, como en ciertos ejemplos históricos de regímenes totalitarios? Estas cuestiones tal vez desborden los intereses del libro, pero merecen ser tenidas en cuenta¹. También desde la economía experimental se dedica un capítulo a la pregunta sobre cómo mantener la cooperación en juegos de *n-personas*, donde es difícil focalizar el castigo. Como respuesta, se plantean una serie de condiciones complementarias al comportamiento del *cooperante condicional*. Se mencionan, así, aspectos necesarios en los grupos sociales como la existencia de leyes, de relaciones de dominación en el interior de los grupos, de la interiorización de la norma como creencia,

¹ Por ello parece esencial explorar paralelamente textos como Robert AXELROD, *The Complexity of Cooperation*, Princenton University Press, New Jersey, 1997.

de la disuasión, del sentido de pertenencia social, o de la reputación de los miembros del grupo, entre otros aspectos que se deben considerar y que permiten que en contextos de *n-personas* la cooperación se mantenga y la sociedad logre evitar que pululen los *gorriones*.

A pesar de esta carencia, *Moral Sentiments and Material Interest* constituye una referencia fundamental para aquellos investigadores conscientes de que para el éxito de una política no sólo es necesario tener en cuenta al mercado, al estado o los individuos, pues la comunidad juega un papel determinante. El éxito de la misma

dependerá en gran medida de hasta qué punto y cómo logre comprenderse el contexto social donde la política se implementará, y de que ésta refleje los valores comunitarios e incorpore y empodere a la comunidad en el proceso. No es posible mantener en el tiempo una política, ni en general las instituciones, si no van de la mano de la cooperación. Comprender este fenómeno y la acción colectiva, como este libro invita a hacer, es esencial para obtener los resultados esperados en la implantación de una política pública.

JORGE LUÍS SALCEDO M.